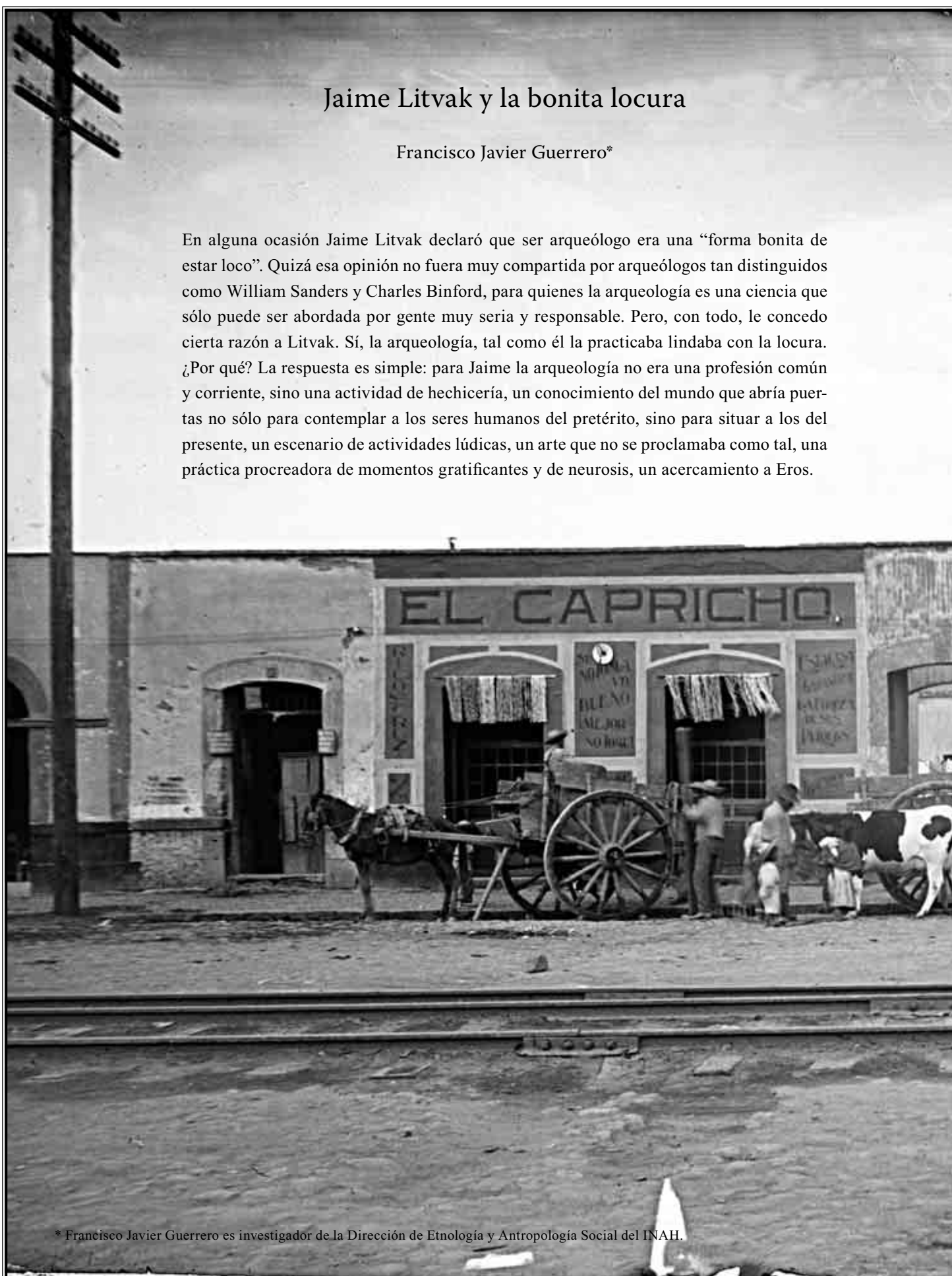


Jaime Litvak y la bonita locura

Francisco Javier Guerrero*

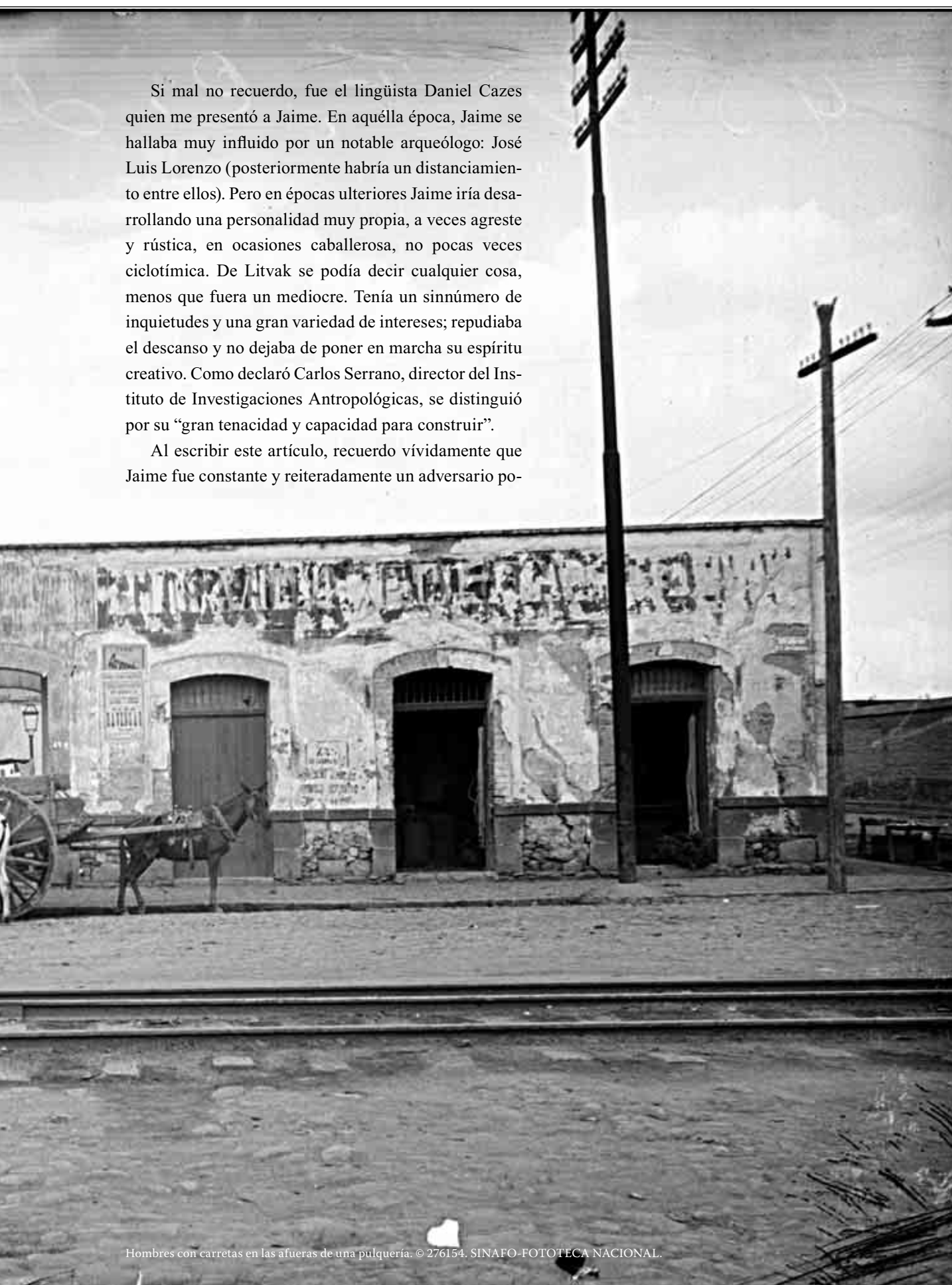
En alguna ocasión Jaime Litvak declaró que ser arqueólogo era una “forma bonita de estar loco”. Quizá esa opinión no fuera muy compartida por arqueólogos tan distinguidos como William Sanders y Charles Binford, para quienes la arqueología es una ciencia que sólo puede ser abordada por gente muy seria y responsable. Pero, con todo, le concedo cierta razón a Litvak. Sí, la arqueología, tal como él la practicaba lindaba con la locura. ¿Por qué? La respuesta es simple: para Jaime la arqueología no era una profesión común y corriente, sino una actividad de hechicería, un conocimiento del mundo que abría puertas no sólo para contemplar a los seres humanos del pretérito, sino para situar a los del presente, un escenario de actividades lúdicas, un arte que no se proclamaba como tal, una práctica procreadora de momentos gratificantes y de neurosis, un acercamiento a Eros.



* Francisco Javier Guerrero es investigador de la Dirección de Etnología y Antropología Social del INAH.

Si mal no recuerdo, fue el lingüista Daniel Cazes quien me presentó a Jaime. En aquella época, Jaime se hallaba muy influido por un notable arqueólogo: José Luis Lorenzo (posteriormente habría un distanciamiento entre ellos). Pero en épocas ulteriores Jaime iría desarrollando una personalidad muy propia, a veces agreste y rústica, en ocasiones caballerosa, no pocas veces ciclótica. De Litvak se podía decir cualquier cosa, menos que fuera un mediocre. Tenía un sinnúmero de inquietudes y una gran variedad de intereses; repudiaba el descanso y no dejaba de poner en marcha su espíritu creativo. Como declaró Carlos Serrano, director del Instituto de Investigaciones Antropológicas, se distinguió por su “gran tenacidad y capacidad para construir”.

Al escribir este artículo, recuerdo vívidamente que Jaime fue constante y reiteradamente un adversario po-



Hombres con carretas en las afueras de una pulquería. © 276154. SINAFO-FOTOTECA NACIONAL.

lítico mío. Desde que lo conocí me pareció un individuo conservador y oficialista, muy convencido de las pautas teóricas anglosajonas en materia antropológica. Jaime me contó en una ocasión que había pertenecido al Partido Comunista Mexicano y que vendía el órgano periodístico de esa organización, *La voz de México*. Sin embargo, pronto abandonó lo que consideraba la lucha por un ideal utópico, y como alegan algunos de sus críticos, se “adaptó al sistema”.

Siendo nosotros estudiantes, Jaime nos criticó severamente por oponernos a lo que considerábamos “la inercia burocrática del INAH

(Instituto Nacional de Antropología e Historia)”. Repudió el que apoyáramos a destacados antropólogos como Ángel Palerm y Guillermo Bonfil, que tenían fuertes posturas críticas contra el INAH. En varios encuentros que tuvimos, en donde se pretendía demostrar la injerencia imperialista del Instituto Lingüístico de Verano, llegó a acusar al doctor Julio César Olivé de estar manipulando por jovenzuelos (entonces lo éramos) radicales. Nos combatió cuando fundamos el Sindicato del Personal Académico de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Pero, a pesar de su adhesión al *establishment*, Jaime era, en muchos sentidos, un revolucionario.



Gente en las afueras de una pulquería. © 276162. SINAFO-FOTOTECA NACIONAL.

Cuando me enteré de su muerte en octubre de 2006, sentí un fuerte golpe. Planteo que era un revolucionario porque gracias a él se renovó notoriamente la Arqueología Mexicana, porque debido a su tenacidad se creó y floreció el Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM, porque fue un gran divulgador de la cultura (y en especial, la musical), porque a diferencia de tantos investigadores apoltronados, creaba una “desmodernidad” en el medio académico y porque su presencia retadora era un estímulo para la superación.

No voy a referirme aquí a las múltiples actividades académicas de Jaime, ya otros colegas y personas va-

riadas lo han hecho. Sólo quiero recordar aquí su lucidez, su inteligencia, su afición al chisme, su en ocasiones atrayente sentido del humor (en otras ocasiones, bastante molesto). Jaime fue una gran figura de la antropología mexicana y un adversario íntimo. Siempre he dicho que soy un agnóstico, pero desde este globo terráqueo le mando saludos a Jaime Litvak, que seguramente excava en el cielo y tal vez discuta acremente con los ángeles y quizá con... Dios.

